



Vista panorámica desde el mirador del Cerro del tomillo.

Un rincón civilizado

Por Estrella Borrego del Castillo

Me gusta el verano por muchas razones, una de ellas porque sé que no hay excusa para no volver a Aziel. Sí, volver. El tiempo, digan lo que digan, lo mide el corazón. Y para mí el tiempo que no estoy en este pueblo, es tiempo de ausencia. Lo mío es un amor irracional y pendenciero, lo admito. Eso de identificar la naturaleza con la libertad y la libertad con la felicidad, no puede ser más que una especie de erupción de mi subconsciente, provocada por un empacho de Heidi durante la infancia. En serio, adoro este pueblo. Pero no quiero que se piensen que soy una de esas urbanitas neorrurales que sólo ven el lado “verde” de la vida en el campo.

Aziel me gusta porque es pequeño. Y eso quiere decir que es abarcable, comprensible, entrañable, cercano, fácil de cuidar y más fácil de querer. Pero también en un lugar pequeño la gente puede sufrir problemas muy grandes: el abandono, el paro, la droga, la apatía, el conformismo, la intolerancia... Males comunes y hasta inseparables de nuestra sociedad del siglo veintiuno, que es grande, inabarcable, globalizada, difícil de curar y más difícil aún de querer.

En un medio rural, EL PROGRESO Y LA CALIDAD DE VIDA
no se conciben sin el respeto a nuestra forma de ser y a nuestro entorno.



Sin embargo, estando en Azuel, como en cualquier otro rincón del planeta que aún conserve un estilo de vida sencillo y aparentemente tranquilo, uno es capaz de creer que los problemas tienen soluciones, y lo más importante, soluciones que pasan por el diálogo pacífico, la educación y motivación de la juventud, y el respeto a las personas y al medio ambiente, por poner sólo algunos ejemplos. Y me niego a pensar que esto sólo lo cree alguien que viene de fuera.

Recuerdo ahora que hace poco, el arroyo parecía un vertedero, y sus alrededores, un cementerio de motos y electrodomésticos. El Cerro del tomillo que llaman el mirador, un paseo indispensable para quien quiera contemplar el perfil de la Sierra, era un lugar de hermosas vistas, siempre que uno no mirara al suelo. Y esto es lo que yo veo y me duele. Porque posiblemente Azuel tiene problemas más gordos, pero yo no sé nada de las enfermedades del ganado, de ayudas económicas, de normativa de la Junta ni de caciquismos varios. Y aunque no conozco bien la vida cotidiana del pueblo, no me cabe duda de que cualquier cambio positivo hay que agradecerlo a la gente, que cuida de lo suyo. Porque en un medio rural, el progreso y la calidad de vida no se conciben sin el respeto a nuestra forma de ser y a nuestro entorno.

Pequeño, verde, orgulloso... encaramado a un monte, desafiando la Sierra y soñando el mar. Azuel también es un pueblo limítrofe y algo solitario, pero no aislado. Es un rincón civilizado donde aún se escucha el silencio en la siesta, la gente sonríe a los desconocidos, se plantan árboles en los márgenes de la carretera y las mujeres son parte activa de la vida política, económica y cultural. Por eso llama la atención que mientras algunos políticos se desgañitan pregonando lo obvio, que “la modernización de Andalucía no se podrá realizar sin las mujeres”, en Azuel, las mujeres hace tiempo que llevan los negocios del ganado junto a sus hombres, trabajan en el campo, educan a sus hijos, cuidan de sus mayores, ocupan cargos de responsabilidad y aún les queda tiempo para enredarse en teatros, bailes, fiestas y otros saraos que hacen que nadie se atreva a decir “este pueblo es un muermo”. Ahora mismo no se me ocurre un mejor ejemplo de lugar civilizado y moderno.

Pues sí, a mí me gusta este pueblo y daría cualquier cosa porque siguiera siendo distinto a los demás, sencillo, tranquilo y orgulloso de lo suyo. Y como ya anuncié que el mío era un amor irracional, pero también pendenciero, me uniré a quienes no teman alzar la voz para defenderlo, y la mano para cuidarlo y protegerlo, incluso de nosotros mismos. ■